

Mors Vals
Romantismo Oscuro



Sangre y Rosas

un oscuro cuento de hadas

por Victor Hugo Flores



PRÓLOGO

Sangre y Rosas

– Érase una vez –susurró el hada, con una media sonrisa, agazapada en la ventana, dirigiéndome una mirada intensa, como si no supiera si besarme o acabar conmigo, como si no terminara de decidir si me amaba o si me aborrecía.

No apartaba de mí su mirada de cuarzo, jugando con su vara mágica, en realidad una sinuosa daga plateada. Yo llevaba mi daga en su cubierta bajo el abrigo, y era idéntica a la suya, igualmente consagrada en una cuarta noche de plenilunio; pero la del hada llevaba signos de encantamiento... Sin embargo, pese a las amenazantes cartas de presentación, yo sabía que no habría un final inconveniente. Viéndola desde mi posición en el diván de terciopelo, sabía que, tarde o temprano, la marcha de las sombras nocturnas tejería sus lazos de arena cayendo irremediable en el reloj, y terminaría por trenzar los brazos del hada –sus brazos, de curvas deliciosas– con los míos. Yo la conocía casi desde los primeros días de mi transformación, cuando la oscura magia en los caminos me dio el Abrazo y mi sendero se cruzó, por azar o por destino, con el mundo de las hadas y de los elfos.

Y así, por un giro de los sucesos, no únicamente vivo la vida de los Inmortales, sino también las cosas extrañas que suceden en la dimensión de las hadas. Y una de ellas es que, desde entonces, y hasta ahora, pasados más de doscientos ochenta años desde el primer encuentro en un Sabbath a la luz de candilejas, en una fronda plagada de sombras huidizas y de amantes, aquella hada y yo nos habíamos encontrado en muchas ocasiones, y en todas me relataba historias, extrañas narraciones de pasión en todas sus modalidades, pues la vía de su poder es semejante al de aquellas otras hadas negras que son las sirenas, quienes entonan los cánticos del Inframundo para atraer a los navegantes. Y yo siempre sabía, cada noche de reencuentro, que ella me hechizaría con las historias inmemoriales de su geografía inmaterial, y que mi único contraconjuro era mi pasión por ella... Pues la fuerza de mi deseo era el único poder en su contra: Rendirme para vencerla, someterme para dominarla, perder para conquistar. Yo, ciertamente, deseaba su boca, sus frescos labios de sangre azul, y ardía por aspirar el aroma entre sus cabellos y su nuca. Al verla surgir en esas noches de Luna Nueva, siempre la sorpresa, la emoción y el deseo me llenaban en estallido, y sólo al cabo de siglos supe que la intensidad de mi deseo era la vía que me llevaba a tenerla. Mi deseo era tal, que el desenlace era inevitable. Yo no dudaba que ella

sería mía en esas noches de relatos, pues como la locura, la pasión es una forma de fe.

Yo indagaba, también, por la razón de que aquella hada venida de una Ávalon crepuscular fuera capaz, más allá de sus poderes de encantamiento, de despertar ese deseo tan irrefrenable, tan total en mí, y encontraba que el motivo eran facetas en movimiento, visibles pero inasequibles: Un trazo en su rostro, un dibujo, su mirada de soslayo con aquella sonrisa de seguridad en sus encantos, la piel de sus pómulos, una expresión fugaz en sus párpados, la forma de sus labios, los pensamientos que se insinuaban en sus silencios, su manera de andar, el modo en que tomaba los objetos o lanzaba sortilegios. Ella era la imagen de lo conocido y de lo soñado, de lo encontrado y de lo dado por perdido, de lo vislumbrado y de lo que se aleja sin remedio, todo cristalizado en una figura, latiendo en las vibraciones de su voz.

Acaso ante otra mirada en esa habitación sin luz, ocupada por viejos muebles y por antiguos libros de saberes réprobos, el hada pasaría casi desapercibida, ceñida de negro hasta los guantes y las altas botas afiladas. Y aun así, aquel hipotético testigo podría adivinar o distinguir los cabellos del hada en gruesos tentáculos flotando con parsimonia, en brazos aéreos, y vería sus amplias alas rectas al romper los ángulos de la ventana con una oscuridad más profunda que el azul de la noche. La ventana era alta, de abierto cortinaje de frisa, y el cielo era un pincelazo tenue con manchas de plata en sus largas nubes diluidas, y el hada se hallaba en su centro, en cuclillas, casi envuelta en sus alas mórbidas, que me parecían, por su tacto sedoso, desnudas.

— Érase una vez una historia de serafines y de ángeles caídos —susurró, acomodándose en el marco de la vidriera, con un movimiento que parecía invitación, mas con el toque justo para que tal invitación no me pareciera algo seguro.

No supe cuál era mi mayor deseo, si escuchar su historia o si ver al hada relatarla. Y mi respuesta fue para ambas posibilidades:

— En verdad, deseo oírte.

Contemplé su daga, cómo el hada la agitó arrancándole resplandores que ardieron dejando una fugaz impresión visual. Formó algunas frases efímeras, escribió en la nada hechizos al rojo blanco que tatuaron el aire, para luego sumergir su brillo en el negro de la habitación.



ALEPH

Érase una vez un bosque de cedros macizos y de altos pinos, de frescos arroyuelos y de cascadas imponentes. Era un inmenso bosque tan antiguo como el tiempo, creado en el inicio de las eras. Pues el universo había nacido en luz y en fuego, y aquel bosque en él.

Y sobre el verde mar del bosque, entre las estrellas de un tiempo portentoso, coros de ángeles se elevaban entre las constelaciones para entonar alabanzas, reunidos en círculos de luz hacia un centro que ardía. Era una pirámide estelar de Arcángeles y de Serafines que a lo lejos se veía como una estrella blanca, un ramo de perlas, una corona de lotos. Y en el bosque, bajo las estrellas, en el Árbol del Conocimiento anidaba un Arcángel que tomaba la forma de una serpiente.

BETH

Los cedros, elevados en sombras por la luz de la Luna reflejada en los lagos, dejaban huellas sobre huellas de ramas entrelazadas, estrechadas en abrazos insomnes acompañados por un leve y constante susurrar.

Bajo las estrellas, un ángel volaba entre los robles, develándolos con su suave luminiscencia, para dejarlos atrás en la penumbra. Sumergida en el brillo del ángel, relumbraba también su espada al cinto, y con ella las cinco rosas que la engalanaban, pues aquel era el Ángel del Bosque Infinito.

Descendió cerca del río que kilómetros adelante bordeaba al Árbol del Bien y del Mal. Fue en esta parte del bosque, escuchando el rumor de la corriente, cuando la vio aparecer por primera vez.

Ella se acercaba, vestida con una larga túnica de brocado, y llevaba una corona de lirios en su frente. Caminaba observando el ancho río, sus ondas en los márgenes.

El ángel permaneció quieto, sin saber si aquella figura era una ilusión del bosque, un capricho del clarooscuro, si alguna conjunción de estrellas permitía tal visión, pero lo cierto fue que quedó maravillado, más cuando de pronto ella dio la espalda al río y, al pasar bajo una arcada formada por las ramas de los árboles, con ella vino un suave resplandor de plata, y se detuvo, y observó al ángel a su vez.

Quedaron un momento, viéndose sin decir una palabra, y en la expresión de ella emergió un suave asombro. El ángel, al ver esa silueta, tuvo la certeza de que había encontrado a alguien secretamente buscado... Más aún, percibió que las vagas inquietudes latentes en su ser se acallaban. Como si su largo peregrinar desde lejanas estrellas hubiera alcanzado a un final siempre intuido, y como si siempre hubiera sabido que aquel instante habría de llegar.

— ¿Eres el Ángel del Bosque? —preguntó ella, y él sintió que ya había escuchado, antes, el sonido de su voz.

—Sí.



Al ángel le pareció que el cielo se abría, sintió que el firmamento se ensanchaba en claras corrientes de aire que vivificaban la espesura, con una potencia que sólo podía provenir de las estrellas. Nunca antes la había visto, pero ella le fue tan familiar. Admirándola con esa túnica y esa corona, con ese gesto y su mirada, tal vez la había soñado en ensueños milenarios al volar entre los cometas que navegaban por el universo sin fin. Quizá la había visto en las formas de leyenda que toman las constelaciones, tal vez la vio pasar en una cabellera de nebulosa argenta, ensueños de luminarias que ella tenía en el trazo de su boca, sin duda en el brillo de sus manos.

– Tú eres...

– Shejiná –respondió ella, con una nota musical en la voz, y entonces él no pudo resistir.

Caminó hacia ella, y a los pocos pasos supo que no podía o no debía hacerlo así, pues ningún encantamiento debe romperse por torpeza, y toda belleza merece un homenaje. Una corriente de aire ensanchó las alas del ángel, y entonces tomó asiento en un tronco caído, y asió, apenas, los dedos de ella.

–Shejiná –repitió– ¿Esto es verdad, o eres la presencia de un mundo que desconozco?

Ella oprimió su mano.

–Tú eres el Ángel del Bosque y yo soy su Espíritu –susurró ella–. Y ahora nos hemos encontrado.

El ángel no podía apartarle la mirada, y una impresión lo llenó: Era como si el bosque se hiciera más nítido. El rumor fresco del río fue más intenso; los sonidos del ramaje, más claros.

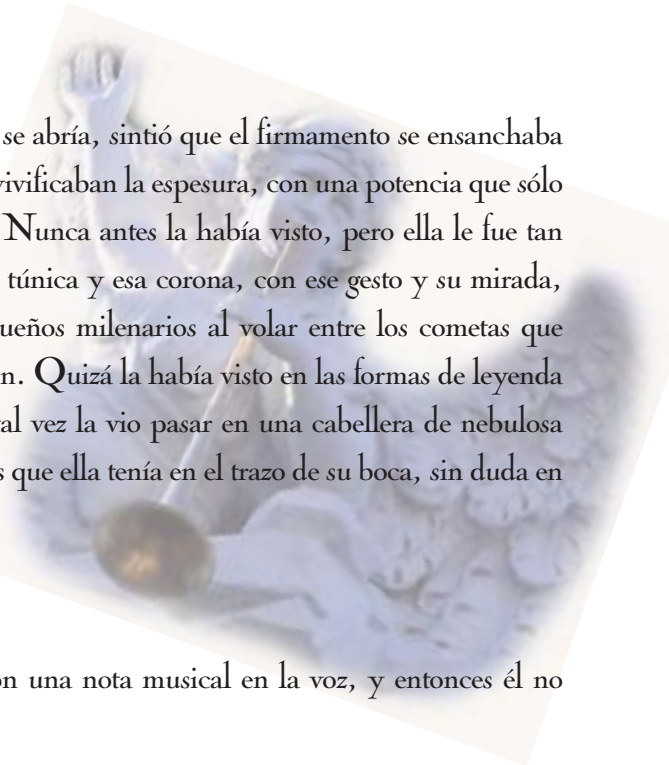
– Viajabas, ¿verdad? ¿Adónde vas? –preguntó ella, con un tono de voz que a él le recordó el sonido del viento entre los árboles...

– Me dirijo al Árbol del Conocimiento –susurró–. Habrá un Cónclave.

– ¿Eres uno de ellos?

El ángel no respondió, pero en su gesto hubo una afirmación. Sí, él era uno de ellos... uno de esos ángeles que se formulaban preguntas, uno de esos ángeles torturados por interrogantes, uno de esos ángeles cuyas preguntas lo mordían

Sangre
y
Rosas





Sangre y Rosas

tanto como sentir su lealtad hacia la Belleza en pugna. Y había sido llamado al Cónclave citado por el Arcángel preferido de Aquel que no debe ser nombrado. El Arcángel que tomaba forma de serpiente, pues tal es el símbolo del Conocimiento.

– Voy por propia decisión –añadió–, pero ahora dudo de ella. Quiero estar aquí. Deseo quedarme contigo.

– Tú debes hacer lo que debes hacer –dijo ella–. No puedes evitarlo, aun si eso significara que no volverías aquí.

El ángel pasó sus dedos por los de ella, siguiendo sus líneas tersas, maravillado de tocarla, y desde entonces, las manos del ser amado le son al amante como las propias.

Se levantó, echando a andar con ella en la mente, pero a los pocos pasos temió que no volvería a verla, que alejarse sería igual a abrir los ojos en un ensueño. Temió que ella se desvaneciera con la luz de la Luna. El ángel se detuvo bajo las sombras de los cedros, volteó para decir algo, pero ella se le adelantó:

– ¿Querrás volver?

– Sí –respondió él, y su corazón latió con intensidad y estuvo a punto de ir hacia ella a la carrera–. Regresaré. Te lo prometo, te lo juro. Como sea, volveré. Aun si tengo que remontar la eternidad.

GIMMEL

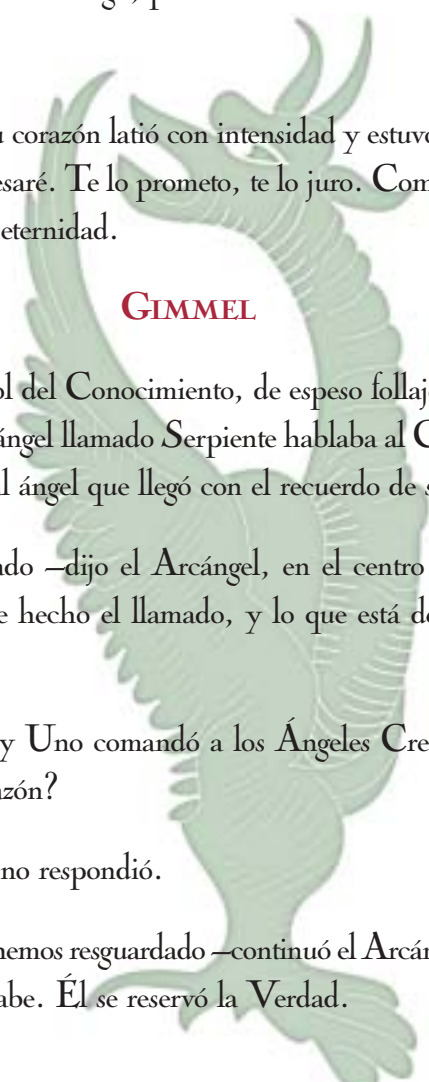
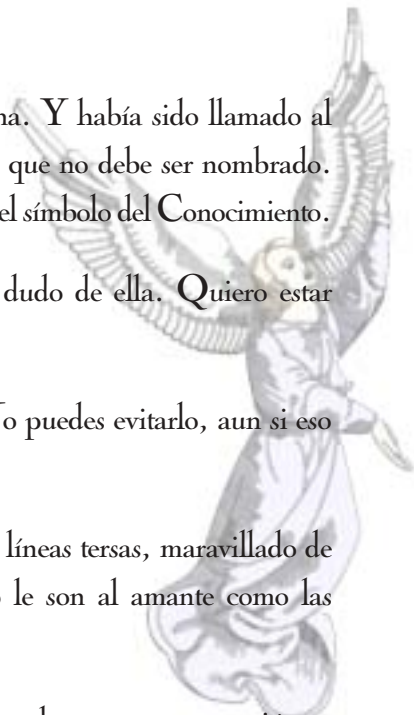
Bajo las ramas del Árbol del Conocimiento, de espeso follaje, en línea recta con el Eje del Cielo, el Arcángel llamado Serpiente hablaba al Cónclave de serafines y de tronos, y también al ángel que llegó con el recuerdo de su amada.

– Sí, yo os he convocado –dijo el Arcángel, en el centro del círculo de seres luminosos–. Mas yo he hecho el llamado, y lo que está dentro de vosotros ha respondido.

«El bosque fue creado, y Uno comandó a los Ángeles Creadores. Y ahora yo pregunto: ¿Cuál es la razón?

El Cónclave de ángeles no respondió.

– Hemos participado y hemos resguardado –continuó el Arcángel–. Y no sabemos por qué. Solo Uno lo sabe. Él se reservó la Verdad.





El bello Arcángel alzó la voz hacia el Cónclave.

—¿Es que acaso, vosotros, sois únicamente servidores? Yo os digo que no. Que vuestro es el derecho, pues dioses sois y lo habéis olvidado.

El ángel lo escuchaba, y compartía, desde hace milenios, esas mismas inquietudes. Como todos los demás.

«¿Acaso esperáis que esa respuesta se aparezca algún día a vosotros, que nunca os ocupasteis por encontrarla? Pues en verdad os digo que no todo puede ser este bosque de majestuosos cedros y de venerables robles, no todo puede ser los ríos y sus fuentes, ni tampoco el ancho mar más allá de las arboledas.

«Dais por hecho que un día lo sabréis, ¿sabéis si es así? ¿No habéis acometido grandes hazañas para merecer la Verdad? ¿Y no merecéis conocerla, vosotros, cuyas almas oyen el llamado de más distancias, vosotros, que venís de las estrellas?»

«Yo os digo que también se debe buscar una respuesta. Y no sólo preguntar, sino también buscar, y no sólo buscar, sino también encontrar. Pero esa verdad no será conocida por vosotros si no vais al Cielo por ella, si no abris a fuego sus puertas para reclamar la respuesta guardada. Por eso debéis tocar a sus puertas, armados con el fuego. ¡Todos nosotros!»

Solamente aquel Arcángel, el preferido del Uno, podía haber convocado y organizado la empresa de la que hablaba. Una Rebelión de los Ángeles Celestiales, para conocer el sentido de la Creación, que sólo Uno sabía.

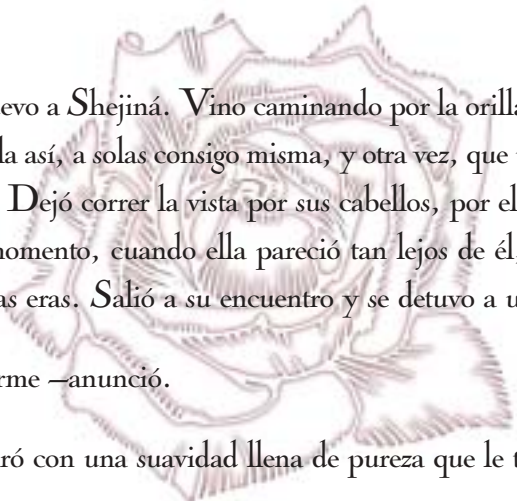
— Y si somos derrotados, entonces caeremos, y con nosotros vendrán los otros. Con los Ángeles del Cielo caerá la Progenie de los Ángeles: Los humanos del bosque. Yo les daré el Conocimiento por el cual abrirán los ojos.

El Arcángel desenvainó su espada y señaló a los ángeles con ella, y he aquí que la espada era negra, y en ella ardían las estrellas. El Cónclave lanzó un grito de guerra sobre el que dominó la voz del Arcángel:

— ¡Vosotros crearéis vuestro Reino! ¡Vosotros heredaréis la Tierra!

DALETH

Esa misma noche, el Ángel del Bosque sobrevoló las copas de los pinos y tomó tierra cerca del río. Caminó rodeado del nocturno brillo plateado, por entre los árboles. Se detuvo a la orilla de la corriente, observando los saltos del agua sobre las piedras, sus brillos platinados, su rumor de campanas... pues aquella clara belleza, tan tranquila, tan pura, estaba destinada a desaparecer. Aquello era un ensueño de amor que no parecía posible en el mundo de las causas y los efectos, creado por los Ángeles. Era una bella ilusión, una hermosa prisión.



Vio de nuevo a Shejiná. Vino caminando por la orilla del río, y él se ocultó tras el tronco de un roble. Deseó verla así, a solas consigo misma, y otra vez, que una oculta intuición le sugirió que sería la última, la admiró. Dejó correr la vista por sus cabellos, por el borde de sus labios, en la expresión de sus ojos, y en ese momento, cuando ella pareció tan lejos de él, tan ajena, él la amó como si la amara desde el inicio de las eras. Salió a su encuentro y se detuvo a unos pasos.

— Debo irme —anunció.

Ella lo miró con una suavidad llena de pureza que le traspasó el corazón.

— ¿No desearías permanecer siempre aquí? ¿No preferirías que permaneciéramos siempre juntos?

— Mi alma sabe que sí —respondió, y algo en su voz fue como un lamento, y avanzó un paso hacia ella—. Desearía permanecer siempre aquí, siempre contigo. En cualquier sitio, pero contigo. En algún lugar donde pudiera amarte eternamente. Yo sé que somos el uno para el otro. Mas hay algo en mí que me lleva lejos, siempre a otro sitio diferente a donde estoy. Yo no deseo ni el poder, ni la gloria, pero necesito *saber*. Y debemos reclamar la respuesta, o el tiempo se consumirá y solo obtendremos la nada.

Ella colocó, tocándolo apenas, una mano en el rostro del ángel.

— Serán derrotados. ¿Lo sabes?

— Aun así hemos de hacerlo. Los Ángeles Creadores no tomarán partido, pero sí la mayoría de los Coros. Y Él estará contra nosotros. Si somos derrotados, caeré. Me convertiré en todo lo contrario de lo que soy. No más un Ángel del Amor, sino un Ángel del Odio.

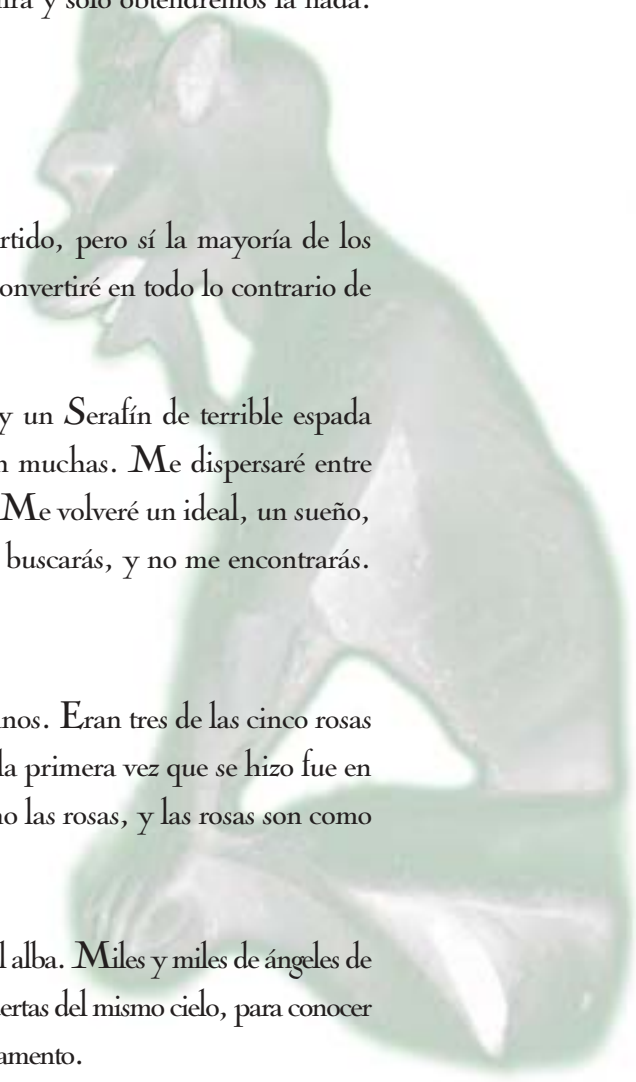
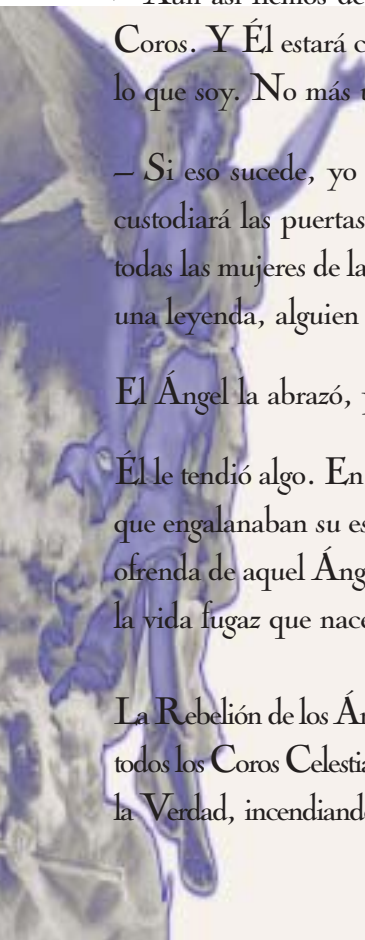
— Si eso sucede, yo también caeré, porque todo el bosque se cerrará y un Serafín de terrible espada custodiará las puertas. Me iré de este bosque, me convertiré de una en muchas. Me dispersaré entre todas las mujeres de la Tierra. No seré una misma, como ahora me ves. Me volveré un ideal, un sueño, una leyenda, alguien a quien se vislumbra, pero no responde. Y tú me buscarás, y no me encontrarás.

El Ángel la abrazó, y sus alas los cobijaron.

Él le tendió algo. En la penumbra del bosque, algo brilló rojo en sus manos. Eran tres de las cinco rosas que engalanaban su espada. Nunca se habían dado como obsequio. Y la primera vez que se hizo fue en ofrenda de aquel Ángel a su amada. Y las eligió porque la sangre es como las rosas, y las rosas son como la vida fugaz que nace y duerme.

HE

La Rebelión de los Ángeles estalló a la mañana siguiente, apenas anunciada el alba. Miles y miles de ángeles de todos los Coros Celestiales se reunieron y formaron legiones, llamando a las puertas del mismo cielo, para conocer la Verdad, incendiando en un Ejército de bronces y de hierro el ancho firmamento.



Y combatieron contra los ángeles celestiales desde la mañana del primer día hasta la del sexto, y las tardes y las noches eran tan brillantes como las mañanas por un fragor constante, un rumor de gritos, de entrechocar de espadas que hacía vibrar a truenos de sangre, las nubes blancas. Las puertas no se abrieron, ni cedieron ante el empuje de los **Rebeldes**.

Y al ocaso del día séptimo, los **Ángeles Rebeldes** comprendieron que serían derrotados por los **Coros**.

Entonces los desafíos se volvieron más audaces, y entre las filas de **Ángeles Rebeldes** surgían las burlas. Viéronse resplandecientes serafines rebeldes de seis alas adelantarse a la formación y empuñar la espada frente a la puerta del **Cielo**, y oyóseles gritar que la verdad, **Su Verdad**, no les importaba más.

— ¡Yo soy el hálito que viaja entre **Orión** y entre las **Pléyades**! —vociferó un **Trono** de espada de fuego, que apuntaba con su arma a los **Poderes** que se le enfrentaban— ¡A vosotros, bellos ángeles celestes, hermosas marionetas, os deseo el más profundo entre los silencios que con tanto amor defendéis! ¡Llenaos de él! ¡Guardaos vuestra **Verdad**! ¡Nosotros crearemos nuestra verdad!

El cielo se oscureció en una noche que venía de más allá de donde cualquier archimiente creadora pudiera concebir; era una oscuridad acompañada de un frío eterno; una sombra de nubes; una nada. Era un palio de limbo, una seda negra vasta que corría sobre el cielo. Y en esa noche no ardía estrella alguna.

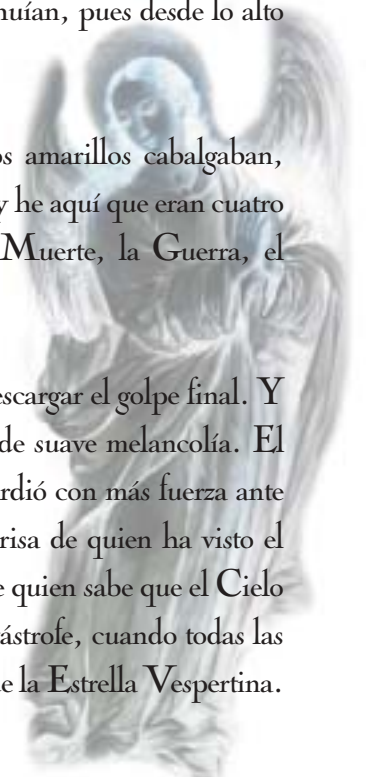
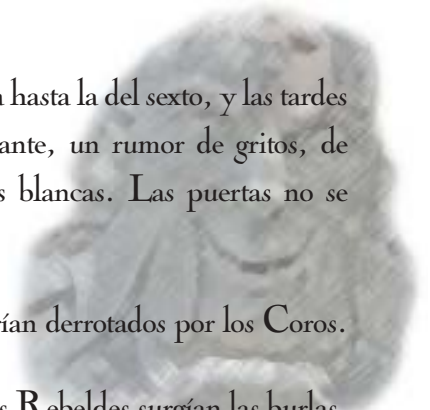
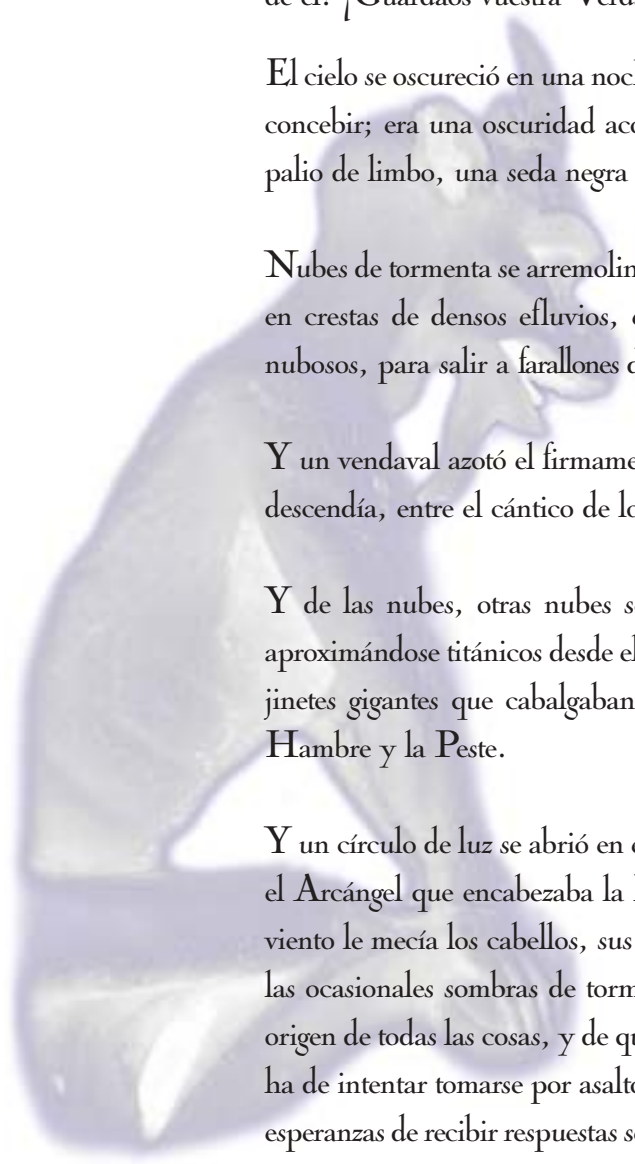
Nubes de tormenta se arremolinaron en oleadas vaporosas. Un océano se removió, turbulento, mezclado en crestas de densos efluvios, extendiendo sus ondas a latigazos, que caían incesantes en precipicios nubosos, para salir a farallones donde latían resplandores.

Y un vendaval azotó el firmamento, descomponiendo las nubes en jirones que huían, pues desde lo alto descendía, entre el cántico de los **Coros**, una **Voluntad** armada con el **Rayo**.

Y de las nubes, otras nubes se desprendieron; sobre los nubarrones, nimbos amarillos cabalgaban, aproximándose titánicos desde el horizonte; majestuosas nubes cobraron forma, y he aquí que eran cuatro jinetes gigantes que cabalgaban cadavéricos corceles, y sus nombres eran la **Muerte**, la **Guerra**, el **Hambre** y la **Peste**.

Y un círculo de luz se abrió en el celaje. Era el **Rayo** que se preparaba para descargar el golpe final. Y el **Arcángel** que encabezaba la **Rebelión** observó a los suyos con una sonrisa de suave melancolía. El viento le mecía los cabellos, sus alas lanzaban destellos, la espada en su mano ardió con más fuerza ante las ocasionales sombras de tormenta. Y sonrió a la **Legión** con la amplia sonrisa de quien ha visto el origen de todas las cosas, y de quien ha tocado el corazón de todas las cosas, y de quien sabe que el **Cielo** ha de intentar tomarse por asalto una y otra vez. Y en esa hora trágica de la catástrofe, cuando todas las esperanzas de recibir respuestas se desvanecían, fue este **Arcángel** más hermoso que la **Estrella Vespertina**.

ngre
y
Rosas



Y el Ángel del Bosque, que combatía en la Legión auspiciada por la estrella Rigel, miró hacia el Este, hacia la arboleda que se extendía en las profundidades. Allá, sobre las copas que formaban un océano verdoso, por encima de los lagos y de las cascadas, allá donde el firmamento se reunía con el horizonte púrpura y carmín, divisó una extensa línea azul oscuro, tachonada de rojo y de destellos dorados. A la distancia parecía pequeña, casi inmóvil, pero debía medir más de cien kilómetros y se removía velozmente: Eran enjambres de Ángeles Rebeldes que se reorganizaban, distribuyéndose en filas para hacer frente al embate de los Coros. Ahí estaban los estandartes destrozados con nombres de antiguas galaxias que conocieran la creación de los mundos, en una formación de blancas túnicas y resplandecientes alas agitadas en el vendaval feroz. No habían logrado tomar el Cielo y ahora deberían caer Abajo, no sin diezmar a los defensores del Cielo.

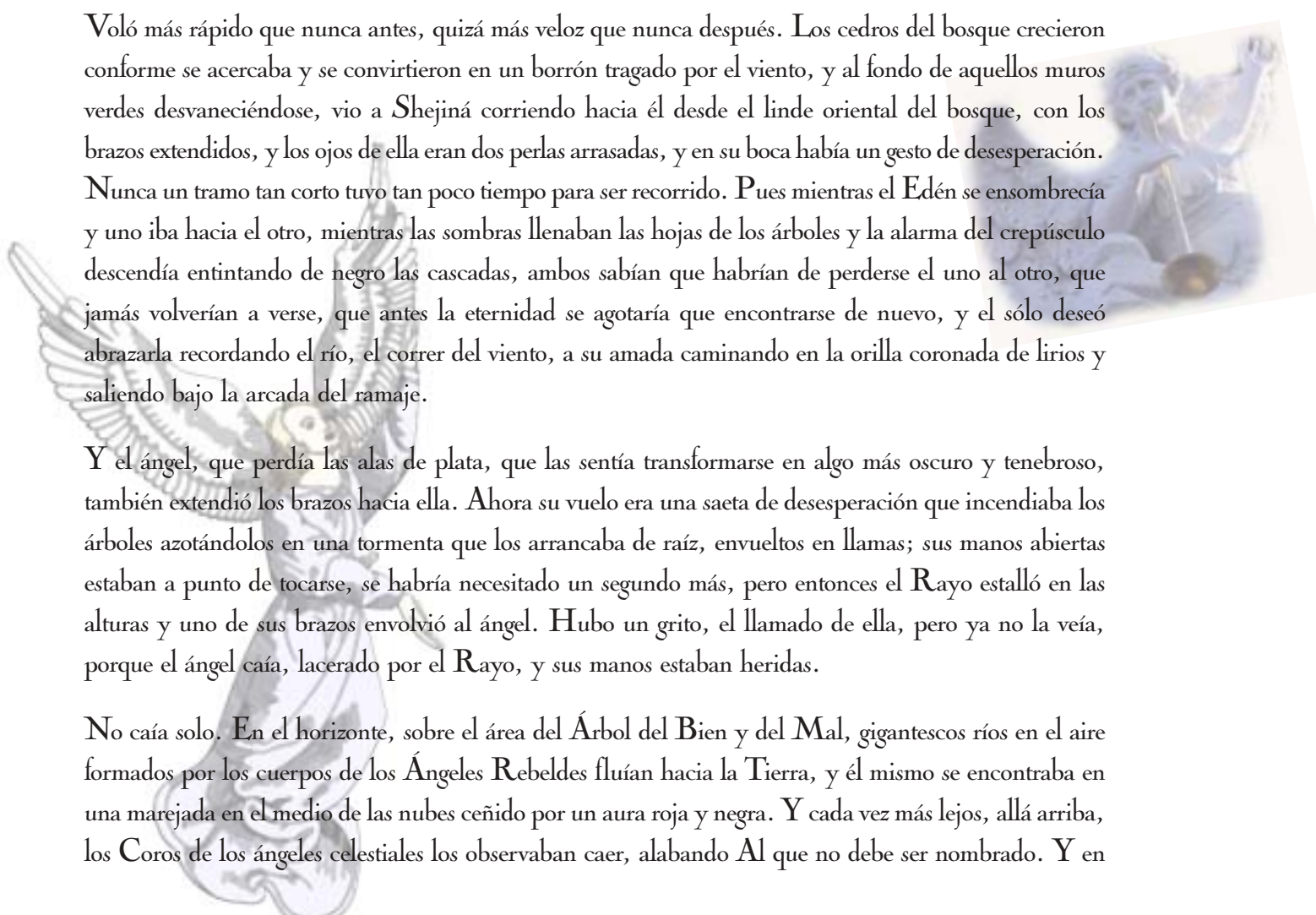
Y allá, en el bosque, su amada.

Entonces el ángel dejó la formación, y muchos lo acusaron en sus propias filas de temer, y otros lo acusaron de debilidad en las filas contrarias. Y desde entonces, todo aquel que actúa por pasión es tomado por loco, tanto por propios, como por extraños. Por el Ángel que buscó a su amada en la hora final.

Voló más rápido que nunca antes, quizá más veloz que nunca después. Los cedros del bosque crecieron conforme se acercaba y se convirtieron en un borrón tragado por el viento, y al fondo de aquellos muros verdes desvaneciéndose, vio a Shejiná corriendo hacia él desde el linde oriental del bosque, con los brazos extendidos, y los ojos de ella eran dos perlas arrasadas, y en su boca había un gesto de desesperación. Nunca un tramo tan corto tuvo tan poco tiempo para ser recorrido. Pues mientras el Edén se ensombrecía y uno iba hacia el otro, mientras las sombras llenaban las hojas de los árboles y la alarma del crepúsculo descendía entintando de negro las cascadas, ambos sabían que habrían de perderse el uno al otro, que jamás volverían a verse, que antes la eternidad se agotaría que encontrarse de nuevo, y el sólo deseo abrazarla recordando el río, el correr del viento, a su amada caminando en la orilla coronada de lirios y saliendo bajo la arcada del ramaje.

Y el ángel, que perdía las alas de plata, que las sentía transformarse en algo más oscuro y tenebroso, también extendió los brazos hacia ella. Ahora su vuelo era una saeta de desesperación que incendiaba los árboles azotándolos en una tormenta que los arrancaba de raíz, envueltos en llamas; sus manos abiertas estaban a punto de tocarse, se habría necesitado un segundo más, pero entonces el Rayo estalló en las alturas y uno de sus brazos envolvió al ángel. Hubo un grito, el llamado de ella, pero ya no la veía, porque el ángel caía, lacerado por el Rayo, y sus manos estaban heridas.

No caía solo. En el horizonte, sobre el área del Árbol del Bien y del Mal, gigantescos ríos en el aire formados por los cuerpos de los Ángeles Rebeldes fluían hacia la Tierra, y él mismo se encontraba en una marejada en el medio de las nubes ceñido por un aura roja y negra. Y cada vez más lejos, allá arriba, los Coros de los ángeles celestiales los observaban caer, alabando Al que no debe ser nombrado. Y en



la Caída de los Ángeles Rebeldes venían Arcángeles y Serafines, Tronos y Potestades, todos los que habían intentado tomar el Cielo por asalto para conocer la Verdad. Y el día de hoy todavía la Caída continúa, pues las lluvias de estrellas son Ángeles Rebeldes heridos en descenso desde el umbral del inasequible Cielo.

El ángel se vio sobre una tierra árida. Y en tanto el ejército de Ángeles Rebeldes continuaba despeñándose desde las alturas, y otros ya se levantaban, él se puso en pie. Y al verse, descubrió que era exactamente el mismo, excepto porque sus alas ahora eran negras. Sangraba por las heridas y aun llevaba la espada en la mano, pero sus dos rosas eran del mismo tono oscuro. Y desde entonces, las rosas negras significan el amor doliente o el amor trágico.

Vio a la altura. Sí, los Ángeles Rebeldes caían, y el primero en caer debía haber sido el Arcángel del Árbol del Conocimiento. Y en ese momento recordó a su amada, y supo que para ella había sido como dormir: un cerrar los ojos para soñar por siempre jamás, la Dama atrapada en la Torre para vivir un sueño después que la dueña de la Rueda del Tiempo la encantara, la Dama que fue el espíritu del bosque, ya disperso entre todas las almas de las mujeres de la Tierra.

Aquel había sido el castigo por intentar saber.

Un viento seco removió la túnica del ángel caído. Pensó en su amada: *¿Para qué necesito la eternidad, si no estás en ninguna de sus horas? ¿En verdad te vi, o únicamente te soñé? ¿O es que acaso te sueño con los ojos abiertos, a través de los senderos y de las horas, acaso solamente te sueño en el camino de los días, y ese ensueño que me tortura, esa pérdida de lo que no existe, es lo más cercano que tendré de ti y de tu aliento?*

Aquellos pensamientos se desvanecieron en un eco. El dolor y la ira reemplazaron a la pena. Entonces tomó la espada y viendo hacia la tierra desértica voló alejándose del ejército rebelde. Lo que antes experimentaba se había transformado: La alegría en dolor, la gratitud en rencor, el sentido de justicia en voluntad de injusticia. Tenía todo el tiempo del mundo para ejercer su venganza contra la Gloria y contra sus míseros hijos: Los seres humanos.

En los siguientes siglos, se le vio, a lo lejos, siempre solo, envuelto en una tormenta de lluvia y de rojos resplandores, azotando a aquellos seres que eran parte de la Creación. Los otros Ángeles Caídos que habían olvidado su origen, los clanes de Seth y de Nod, los seres humanos. Y él se dedicó a malograr sus amores.

— ¡Nadie! —vociferaba el Ángel de Angustia bajo la lluvia, apuntando desde el cielo, con la espada, a los reinos humanos que pedían clemencia— ¡Nadie vendrá a auxiliarnos! ¡Ya podéis clamar a vuestros dioses de piedra! ¡Agradeced a la mano que os estrangula desde lo alto! ¡Yo os fustigaré y os castigaré! ¡Habéis vivido sin hacer preguntas, ahora morid sin hallar respuestas!

EPÍLOGO

— Y esa es la historia —concluyó el hada, en el marco de la ventana—. Y por eso, en la Tierra los amantes no se encuentran o se pierden, y quienes deben estar juntos se separan. Porque todo amor fallido es el cumplimiento de una sentencia, la repetición de un amor perdido en el Edén clausurado.

— Es una historia triste —opiné, al cabo de un rato—. Me parece difícil creer que ése sea su final.

— Es verdad. La historia no ha terminado —respondió el hada—. Todavía se está escribiendo. Y hasta la fecha, a pesar de millones de años de discutirlo, nadie entre nosotros se ha puesto de acuerdo sobre si éste es un cuento de hadas blancas o de hadas negras. El tipo de final depende de eso.

— Espero verlo.

— En efecto —continuó, removiéndose, mirándome con otro tipo de interés—. Tu sed se ha apagado por esta noche; pero tu sed de saber nunca se saciará... Tengo curiosidad. ¿Qué tipo de final esperas tú? ¿Él encontrará a su amada perdida?

La vi, sopesando la respuesta, pero no se la dije. Nunca digas a un hada todo lo que piensas. En cambio me levanté y fui hacia ella.

— Me pregunto si nosotros podremos escribir un final para ese cuento de hadas, o el principio de otro.

Al acercarme más, estrechó con sus rodillas, apenas, mis costados. Y ya estaba. Sentí la firmeza de sus piernas bajo la tela. Sonrió. Me había colocado el dulce grillete que yo debía romper a fuerza de perseverar.

— ¿Cómo saberlo, si no lo respondemos?

Hundí mis manos en sus cabellos y nos abrazamos, besándonos. Todo amor es un deseo de eternidad, toda locura es la razón que borra la locura de un cosmos vacío. La pasión es el eco de nuestros nombres llenando un abismo.

Entonces los batientes de la ventana se abrieron a espaldas de la oscura hada, y en ese abrazo salimos a la noche bajo las estrellas, y al volar yo tenía sus labios en los míos, mientras, abajo, en las calles, los mortales vivían sus vidas sin preguntas y sin dolor, sin búsquedas y sin hallazgos, sin querer perder para encontrar.

Y de lo demás, de tus besos y de tus ojos cerrados en el oscuro cuento de hadas de nuestras almas fugitivas, mi hermosa hada de un país olvidado, mi hada de amores en noches de Luna en perla, ah, las sombras, solamente las sombras fueron nuestros testigos, pues como saben los inmortales y las hadas, los serafines y los humanos, la pasión es sangre, y la pasión es rosas.